



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL**

**Licenciatura en Trabajo Social
Monografía final de grado**

Determinaciones en la producción de sufrimiento subjetivo en las
adolescencias

Estudiante: Micaela Salinas
Orientadora: Profa. Cecilia Silva

Montevideo
Noviembre 2025

Resumen

La monografía final de grado aborda las determinaciones en el sufrimiento subjetivo de las adolescencias en el barrio Cerro, explorando sus expresiones, causas y formas de resistencia. Desde una perspectiva social y subjetiva, el trabajo propone no comprender el malestar como un signo de patología individual, sino como una experiencia vinculada a las condiciones de vida, las relaciones sociales y el contexto histórico en que los jóvenes se desarrollan.

La monografía adoptó una metodología cualitativa con un enfoque exploratorio. Se recurrió a fuentes primarias mediante la realización de un taller realizado con estudiantes de sexto año de la escuela pública N° 152 del barrio Cerro, lo que permitió recoger sus percepciones acerca del bienestar y sufrimiento recuperando las voces de los adolescentes. De este modo, se conoció el significado que le otorgan a sus experiencias.

Los resultados evidencian que la salud mental adolescente debe abordarse desde un enfoque integral, interdisciplinario y no patologizante, que reconozca la complejidad del fenómeno y contemple los determinantes sociales junto con las estrategias de resistencia que construyen las propias adolescencias. Se los debe reconocer como protagonistas en la construcción de su propio bienestar. En este sentido, se subraya la importancia de fortalecer las políticas públicas orientadas a garantizar derechos, reducir desigualdades y promover entornos saludables para el desarrollo integral de las adolescencias.

Palabras clave: salud mental, sufrimiento subjetivo, adolescencias, resistencia

Agradecimientos

A quienes fueron y aún son parte de este camino, gracias.

Índice

Introducción.....	4
Fundamentación del tema	4
Objetivo general y objetivos específicos.	7
Estrategia metodológica.....	7
Estructura del documento	8
Capítulo 1: Ser adolescente en datos: aproximación al estado de situación de las adolescencias en Uruguay	10
1.1 Protección integral y desafíos actuales en la garantía de derechos	10
1.2 Más allá de los ingresos: la pobreza como fenómeno multidimensional.....	14
1.3 Salud Mental: desafíos y realidades.....	17
Capítulo 2 Voces adolescentes: expresiones del sufrimiento subjetivo en adolescencias del barrio Cerro	22
2.1 Vínculos afectivos en la adolescencia: la familia y los amigos	22
2.2 Relaciones entre pares, conflicto y acoso escolar	24
2.3 Habitar el miedo: la violencia en el territorio	29
Capítulo 3 La resistencia como proceso activo de transformación del sufrimiento	33
3.1 Sujeto sufriente-resistente: aproximaciones teóricas para pensar la salud mental adolescente	33
3.2 Expresiones de resistencia desde lo cotidiano	36
Consideraciones finales.....	40
Referencias bibliográficas.....	43

Introducción

Este documento corresponde a la monografía final de grado de la Licenciatura en Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. El tema seleccionado aborda las determinaciones en la producción de sufrimiento subjetivo a partir de las condiciones de vida de los adolescentes del barrio Cerro que se encuentran en sexto grado de primaria pertenecientes a la escuela N°152. La investigación estaba originalmente pensada para realizarse con adolescentes en etapa liceal, pero ante dificultades institucionales se decidió llevarla a cabo en la escuela con niños que están en proceso de transición del ciclo escolar al liceo.

La siguiente monografía realiza un recorrido por la situación actual de las adolescencias enfocándose en diferentes factores que permiten tener una visión integral. Asimismo, a partir de fuentes primarias busca conocer sobre los modos en que viven, cómo se produce el bienestar y elaboran su sufrimiento, identificando factores protectores y redes de apoyo que inciden en esos procesos.

Fundamentación del tema

Resulta fundamental examinar la realidad de los adolescentes y comprender su recorrido por esta etapa, dado que se trata de un periodo crítico marcado por transformaciones significativas que inciden en su crecimiento y formación, con efectos notables en su bienestar mental. La adolescencia es una etapa especialmente significativa en la construcción de la identidad y la autonomía, por lo que comprender sus procesos subjetivos resulta clave para acompañar sus trayectorias.

No hay una sola manera de transitar las infancias y adolescencias, por lo que utilizar el término adolescencias permite abordar la pluralidad de realidades que contextualizan su situación actual. Cada experiencia es única por lo que no se puede referir a un concepto delimitado y es en esa heterogeneidad que se debe hacer énfasis, para comprender el desarrollo personal dado que las trayectorias están profundamente marcadas por las desigualdades sociales.

La salud mental según la Organización Mundial de la Salud (OMS) es mucho más que la ausencia de enfermedades; permite desarrollar todas las capacidades, habilidades y promueve la toma de decisiones fomentando el desarrollo personal y colectivo. Es una parte integral de la salud que permite vivir una vida digna reconociéndose como un derecho humano fundamental. El bienestar en salud mental implica lo emocional, social y biológico

por lo que “un conjunto de diversos factores individuales, familiares, comunitarios y estructurales pueden combinarse para proteger o socavar nuestra salud mental y cambiar nuestra posición en el proceso continuo de la salud mental” (OMS, 2022, p.2). Por lo tanto, para abordarla y comprenderla se necesita un abordaje multidimensional.

Es importante destacar que síntomas de malestar no significan patología en salud mental, sino que las adolescencias comienzan a tomar conocimiento de situaciones, se producen transformaciones y cambios que los desafía colocándolos en otra posición que pueden producir malestar. Según datos de la Encuesta Nacional de Adolescencia y Juventudes (ENAJ) los sentimientos de tristeza y desesperación aumentan durante el crecimiento, por lo que es allí donde se vuelve relevante la necesidad de comprender las experiencias de los jóvenes desde una perspectiva integral que trascienda los enfoques meramente médicos o patologizantes.

Es clave abordar el sufrimiento desde la voz y las vivencias de los propios adolescentes que permite hacer evidentes realidades frecuentemente invisibilizadas por los discursos institucionales y sociales. El sufrimiento es ubicado como una experiencia situada socialmente que está atravesada por lo cultural e histórico, este término refiere “a la dolencia o estado subjetivo percibido por el individuo” (Susser y Susser, citado en Faraone 2013, p.36). El padecimiento no se agota en el dolor porque hay nuevas formas de construir sentido, promover la autonomía, la capacidad de la palabra, que se puedan reapropiarse de su propia experiencia y que se reconozcan a sí mismo.

El sufrimiento no se puede explicar únicamente a través de lo social o de lo biológico de manera aislada, sino que además de ser una experiencia interna también depende de las relaciones con los otros y el contexto. Es necesario reconocer los factores que delimitan el tránsito y en cómo se experimenta el malestar. El análisis de estos permite reconocer las múltiples formas en que el mismo se expresa, pero también las estrategias que los sujetos despliegan para afrontarlo y transformarlo. Al hacer énfasis en las maneras que se hace frente a las condiciones que generan malestar es fundamental considerar la capacidad de reflexión para reconocer que los está afectando y no quedar definido por el padecimiento.

La presentación de información acerca de la situación de la adolescencia en el Oeste de Montevideo facilita una contextualización más precisa y permite cuestionarse sobre el vínculo entre salud mental y condiciones de vida (condiciones materiales de existencia, vínculos afectivos, trayectorias educativas y contextos comunitarios) dado que para entender cómo viven los adolescentes es necesario tener una mirada integral. El contexto territorial y

socioeconómico es un factor central en el desarrollo adolescente, en particular la situación de quienes viven en el Oeste, atravesado por desigualdades sociales, violencia territorial y limitaciones en recursos, que constituye un escenario de especial relevancia para el estudio.

A partir de datos de la Intendencia de Montevideo (2024) el municipio A es el que más niños, niñas y adolescentes (NNA) tiene en el rango etario de 0 a 14 años y a su vez, la pobreza en este municipio es de un 20 % donde un 45,7% corresponde a la franja etaria de 5 a 12 años y un 28.7% entre 13 y 60 años. La pobreza monetaria implica una escasez de recursos que afecta sus posibilidades de acceder a condiciones adecuadas en distintas dimensiones, incluyendo salud, alimentación, vivienda y educación. No solo interesa abordar las situaciones vinculadas a lo monetario sino también el contexto en que las adolescencias desarrollan su vida. “En el caso de niños, niñas y adolescentes, la exposición a condiciones de vida y contextos no adecuados para el desarrollo de la persona pueden ser factores de riesgo importantes que van en detrimento de la salud mental” (INDDHH, MIDES y UNICEF, 2021, p.29).

Analizar esta situación permite no solo visibilizar las vulneraciones existentes, sino también exigir políticas públicas más eficaces que aseguren el cumplimiento efectivo de los derechos consagrados para los NNA. Este panorama demanda un análisis crítico que permita comprender las causas estructurales de estas problemáticas, así como reflexionar sobre la eficacia de las políticas públicas destinadas a garantizar los derechos de los adolescentes en contextos de creciente desigualdad social. Por ello, resulta vital avanzar en la generación de conocimiento específico, reconocer las necesidades, determinantes y requisitos propios de esta etapa, otorgándole su propia relevancia en el análisis y comprensión. Es pertinente para la sociedad y también para aquellos con quienes se relacionan ya que posibilita una comprensión más profunda de la situación, contribuyendo a un análisis más informado y fundamentado. De esta manera se podrá brindar respuestas adecuadas a sus necesidades, apostando a una mejor calidad de vida.

El material disponible que refleja la situación actual de la salud mental de las adolescencias pertenece a fuentes institucionales. Actualmente, se está realizando una nueva Encuesta Nacional de Adolescencia y Juventud que tiene por objetivo conocer en profundidad la situación de las adolescencias y juventudes uruguayas para diseñar estrategias y políticas públicas que den respuesta a las necesidades de esta población en específico. Esta encuesta permitirá una actualización en los datos debido a que en la actualidad los informes respecto a la salud mental adolescente trabajan con datos de la ENAJ 2018. Todo tipo de producción

que contribuya a comprender y profundizar sobre las adolescencias son de un gran valor para continuar trabajando en esta temática y darle la relevancia que corresponde.

Objetivo general y objetivos específicos.

Esta investigación tuvo por objetivo general analizar las principales manifestaciones de sufrimiento subjetivo en los adolescentes de la escuela N.º 152 del barrio cerro considerando sus condiciones de vida. En concordancia con este propósito se establecieron como objetivos específicos, en primer lugar, identificar los principales determinantes sociales que influyen en la salud mental de las adolescencias en diversos contextos. En segundo lugar, analizar cómo las condiciones sociales, económicas, familiares y territoriales contribuyen a la experiencia de sufrimiento subjetivo. En tercer lugar, explorar las estrategias de resistencia tanto individuales como colectivas, que los adolescentes despliegan para afrontar el malestar.

Estrategia metodológica

Dado el carácter multidimensional del fenómeno que se desea estudiar, se opta por una metodología cualitativa con un enfoque exploratorio. Al tratarse de una investigación de este tipo se busca abrir camino en un campo que aún presenta vacíos en términos de conocimiento específico (Batthyány y Cabrera, 2011), especialmente en relación con las adolescencias en zonas periféricas de Montevideo.

La metodología cualitativa permite que se considere la realidad como subjetiva e intersubjetiva, este método es el más propicio para acceder al mundo de vida desde la visión de las personas (Batthyány y Cabrera, 2011). Los enfoques cualitativos se orientan a la reconstrucción de significados, discursos y prácticas sociales desde la perspectiva de los propios actores, reconociendo la complejidad y multicausalidad de los fenómenos sociales. Este tipo de investigación se interesa

por la vida de las personas, por sus perspectivas subjetivas, por sus historias, por sus comportamientos, por sus experiencias, por sus interacciones, por sus acciones, por sus sentidos, e interpreta a todos ellos de forma situada, es decir, ubicándolos en el contexto particular en el que tienen lugar (Vasilachis, 2006, p.33).

Las fuentes de datos utilizadas combinan información primaria y secundaria. Las fuentes primarias son definidas como “cualquier tipo de indagación en la que el investigador analiza la información que él mismo obtiene, mediante la aplicación de una o varias técnicas de obtención de datos” (Batthyány y Cabrera, 2011, p. 85). Por otro lado, en lo que respecta a fuentes secundarias se realiza una recopilación de documentos realizados por autores e

instituciones lo que conlleva una investigación bibliográfica que incluye textos y artículos académicos, datos estadísticos, publicaciones de prensa, fuentes institucionales, redes sociales, etc. que abordan la temática a ser estudiada.

Para la recolección de datos se visitó la escuela pública N.º 152 “Manuel Francisco Artigas” ubicada en el barrio Cerro al Oeste de Montevideo, con la propuesta de un taller de una hora de duración, dirigido a la clase de sexto año (niños/as de entre 11 y 12 años). Se trabajó con un total de 21 participantes, de lo que se obtuvo respuestas de 12 de niñas y 9 de varones. Se realizó una pregunta disparadora: si pudieras pensar en otra vida, ¿qué elegirías para esa vida? ¿Qué no querrías nunca más? y se orientó a los niños para que reflexionaran sobre aspectos cotidianos como la familia, los amigos, la escuela, el tiempo libre, el barrio, entre otros.

La actividad comenzó con la consigna de pensar en aquello que sí elegirían para una nueva vida, para lo cual se les dio un tiempo aproximado de 15 minutos. Luego, se les invitó a reflexionar sobre los aspectos que no desearían repetir, dedicando otros 15 minutos. Finalmente, se realizó una lectura colectiva de los escritos con el objetivo de compartir lo expresado y permitir que los niños conocieran los sentimientos y pensamientos de sus compañeros. Durante el desarrollo del taller se generaron conversaciones espontáneas con los participantes que, a medida que surgían dudas o comentarios, permitieron un intercambio más íntimo. Esta instancia de diálogo oral enriqueció la actividad, ya que profundizaron en las respuestas de forma más personal y reflexiva.

Esta elección se fundamenta en la necesidad de tener presente la voz y la opinión de las personas involucradas para comprender en profundidad las experiencias, procesos, acciones y significados que los adolescentes atribuyen a su contexto, cotidianeidad y redes durante esta etapa. No reducirlo simplemente a la descripción, sino entender los significados asignados para conocer las subjetividades de las adolescencias. Se busca la sistematización de los elementos centrales - salud mental, redes de apoyo, pobreza, acceso a salud, derechos, entre otros - con el fin de construir una base sólida para futuras intervenciones o investigaciones. Este enfoque metodológico responde al compromiso de visibilizar las voces de los adolescentes, reconocer sus realidades y el significado que le dan a esas experiencias.

Estructura del documento

El documento está organizado en cuatro apartados, en el primer capítulo se analiza la situación de la adolescencia en Uruguay basándose en datos de fuentes institucionales, haciendo enfoque en el sistema de protección integral, derechos, pobreza y salud mental. En

el segundo capítulo analiza las expresiones de sufrimiento subjetivo de adolescentes del barrio Cerro a partir de un taller realizado en la escuela N.º152. Examina las diferentes formas en que los adolescentes expresan situaciones de malestar. El capítulo muestra cómo las adolescencias del Cerro están atravesadas por un entramado de vínculos, violencias y desigualdades que influyen en su bienestar. En el tercer capítulo a partir del concepto de resistencia se analiza cómo enfrentan lo que les sucede. Por último, en las consideraciones finales se sintetizan los temas abordados a lo largo del documento, presentando conclusiones y posibles líneas de acción.

Capítulo 1 Ser adolescente en datos: aproximación al estado de situación de las adolescencias en Uruguay

1.1 Protección integral y desafíos actuales en la garantía de derechos

La protección integral de los derechos de niños, niñas y adolescentes en Uruguay se encuentra respaldada por un sólido marco legal conformado por la Convención sobre los Derechos del niño, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas - ratificada por el país en 1990 - y el Código de la Niñez y la Adolescencia (CNA), promulgado en el año 2004. Los cambios normativos conllevaron a una reestructuración en las instituciones como también en los abordajes ya que se reconocen a todos los menores de dieciocho años sin excepción como sujetos de derecho. El artículo 2 del CNA expresa que “todos los niños y adolescentes son titulares de derechos, deberes y garantías inherentes a su calidad de persona humana” y también regula las obligaciones del estado, la familia y la sociedad. En este marco se subraya la centralidad del interés superior del NNA como criterio rector y se consagran derechos fundamentales como el derecho a la vida, dignidad, educación, salud, participación, protección frente al maltrato y a vivir en condiciones de igualdad sin importar su origen, religión, sexo o situación económica.

El organismo rector de las políticas públicas destinadas a NNA es el Instituto del niño y del Adolescente del Uruguay (INAU), es el organismo responsable del sistema de protección de la infancia y adolescencia en Uruguay. El artículo 68 del CNA establece que el INAU tiene por objetivo asegurar el pleno ejercicio de la ciudadanía de los NNA protegiendo y restituyendo sus derechos. Se orienta a garantizar la igualdad de oportunidades, fortalecer la familia y fomentar el desarrollo de personas autónomas e integradas socialmente. Debe implementar y ejecutar políticas a través de programas que se orientan a la promoción, protección y atención integral para identificar, prevenir y corregir las situaciones de vulneración de derechos, para que los menores de edad puedan crecer en entornos seguros y saludables.

A pesar de este marco normativo y del compromiso del Estado Uruguayo, muchos de estos derechos no se garantizan en la práctica cotidiana, dado que persisten importantes disparidades entre el reconocimiento legal de los derechos y su efectiva aplicación. En la actualidad, la adolescencia en Uruguay enfrenta desafíos significativos, a pesar de los avances en materia de políticas públicas orientadas a esta población. En especial, los más afectados por las brechas persistentes son los adolescentes provenientes de contextos socioeconómicos vulnerables.

El Sistema Integral de Protección a la Infancia y la Adolescencia contra la Violencia (SIPIAV) funciona en la órbita del INAU y tiene por cometido la promoción, atención y reparación de las situaciones de violencia hacia NNA a través de un abordaje integral e interinstitucional. Los datos del último informe de gestión (SIPIAV, 2025) revelan que en el año 2024 se registraron 8.924 situaciones de violencia, lo que equivale a unos 24 casos por día. Este dato representa un aumento del 9% en comparación con el año anterior, manteniéndose la tendencia creciente en la detección de los casos. El tramo etario más afectado es el de 13 a 17 años que concentró el 38% de los casos, siendo la franja con mayor prevalencia. Las niñas y adolescentes mujeres presentan una situación de mayor vulnerabilidad, representando el 56% de los casos registrados a comparación de los varones que alcanzó el 44%.

En relación con los tipos de violencias ejercidas, se observa la coexistencia de múltiples formas en la mayoría de las situaciones. Tanto niñas como varones presentan porcentajes similares en maltrato físico (48% y 51% respectivamente), maltrato emocional (50% en ambos casos) y negligencia (49% en niñas y 51% en varones), lo que sugiere que estos tipos de violencias están distribuidas de manera más equitativa entre los géneros. Las violencias sexuales que incluyen tanto abuso sexual como la explotación sexual comercial constituyen un 22% del total de las situaciones registradas. Dentro de esta categoría el 78% de las víctimas son niñas y adolescentes mujeres; esta disparidad evidencia una feminización de la violencia sexual en la infancia y adolescencia.

El maltrato hacia NNA constituye una de las formas más graves de vulneración de derechos en la infancia y adolescencia. Según Retamoso y Vernazza (2017) el maltrato infantil puede definirse como “toda acción u omisión intencional que provoque daño físico o psicológico en niños, niñas y adolescentes, practicada por los adultos encargados de su cuidado y desarrollo: padres, tíos, maestros, educadores y cuidadores” (p.7). Esta definición no sólo subraya el daño infligido, sino que también la ruptura de la función protectora de los adultos que integran el entorno cercano del NNA. Que NNA presencien situaciones de violencia contra quien está a cargo de su cuidado -especialmente sus madres- tiene casi el mismo impacto que si la violencia estuviese dirigida a ellos, como se ratifica en el art. 123 del CNA “también se entiende por maltrato hacia niñas, niños y adolescentes su exposición a violencia basada en género contra sus madres u otras personas a cargo de su cuidado”. De las mujeres que sufrieron violencia basada en género un 28 % declaró que la situación de agresión se dio en presencia de menores a cargo (Greif et al., 2025).

La violencia se mantiene de manera sostenida según el SIPIAV (2025) ya que, en 9 de cada 10 situaciones registradas, la violencia se había producido en más de una oportunidad. Asimismo, tres de cada cuatro casos eran situaciones crónicas presentes desde hace más

de seis meses. Esta cronicidad está vinculada estrechamente a que en el 90% de los casos, las personas agresoras pertenecen al núcleo familiar o de convivencia de las víctimas por lo que estas prácticas violentas se configuran como parte de la dinámica familiar. De ese total, el 38% pertenece a los padres y el 23% a las madres por lo que el vínculo dificulta no solo la detección, sino también la identificación de la situación por parte de los propios NNA.

La naturalización de la violencia es una característica central del fenómeno y al formar parte del entramado cotidiano de la vida familiar, las víctimas muchas veces no logran visualizar que están siendo violentadas y esto conlleva a que solo una de cada tres situaciones registradas sea reconocida como un hecho de violencia. La legitimación de ciertas prácticas agresivas disfrazadas de estrategias disciplinarias, perpetúan un modelo educativo que vulnera derechos fundamentales. Como sostienen Retamoso y Vernazza (2017) muchas formas de violencia son ejercidas como métodos de disciplina y castigo, incluyendo el maltrato físico, emocional, la negligencia y hasta el uso de psicofármacos para controlar el comportamiento infantil.

El Sistema de Protección Integral de 24 Horas interviene cuando los derechos de los NNA son vulnerados o amenazados frente a dificultades, interrupciones o ausencias en el cuidado de los adultos referentes (INAU y UNICEF, 2021). En 2024 un total de 7.817 NNA se encontraban en el sistema de protección, 4.510 se encontraban al cuidado familiar (familia propia o ajena) con acompañamiento desde el INAU y 3.307 residían en un centro de 24 horas. Por edad, el grupo de adolescentes entre 13 y 17 años representa el 39% de la población atendida, lo que evidencia una mayor incidencia de situaciones críticas en esta franja etaria donde hay una mayor desvinculación de los entornos familiares. Se identificó que los tiempos de permanencia en el sistema varían significativamente, los menores de dos años tienen una medida de seis meses de institucionalización, cifra que se incrementa progresivamente hasta los ocho años, pero que se estabiliza por encima de los 30 meses en el grupo de 9 a 17 años (INAU, 2025).

En cuanto a las causas de institucionalización, el motivo predominante es la exposición a situaciones de abuso o violencia, que afecta al 49% de la población atendida. El resto de las causas presentan una incidencia significativamente menor (todas por debajo del 20%) y están vinculadas a problemáticas relacionadas con los referentes del cuidado, factores del entorno sociofamiliar y condiciones propias de los NNA tales como discapacidad o problemas de salud. Según datos de Aldeas Infantiles (2025) quienes asisten a sistemas de cuidados alternativos provienen de los hogares más pobres (p.82), siendo la pobreza entendida desde sus múltiples dimensiones como una de las principales dificultades que enfrentan las familias y son factores que contribuyen a situaciones de violencia intrafamiliar, ausencia del cuidado

parental y efectos como estrés, ansiedad, angustia, etc. Afecta la capacidad de mantener relaciones sólidas dentro del ámbito familiar y se producen tensiones que generan disfunciones.

Los datos desagregados por género y edad permiten observar diferencias sustantivas en las formas de violencias sufridas. En el grupo de adolescentes de 13 a 17 años, el 58% de las mujeres fue institucionalizada por abuso o violencia, frente al 42% de los varones. Las formas específicas de violencia también representan una mayor incidencia en mujeres adolescentes en relación con la violencia física, psicológica y negligencia. Especialmente respecto al abuso sexual, se observa que en mujeres el porcentaje es de un 20% a diferencia de varones con un 6%. Estos datos reflejan claramente como el género incide en la exposición diferencial a las violencias, siendo las adolescentes mujeres el grupo más afectado en prácticamente todas las dimensiones analizadas.

El Instituto Nacional de Inclusión Social Adolescente (INISA) fue creado en 2015 y es un servicio descentralizado que responde al Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). Se encarga de brindar atención personalizada a adolescentes en conflicto con la ley, a través de medidas socioeducativas que buscan evitar las conductas delictivas, promover la reinserción social y comunitaria del adolescente, reconociéndolo como sujeto de derecho. En 2024 se encontraban en el sistema un total de 316 adolescentes con una marcada masculinización y el 53% de los adolescentes privados de libertad se ubicaban en el grupo de 16 a 17 años. Además, un 15% estuvo previamente vinculado al Sistema de Protección 24 Horas de INAU.

Otra dimensión crítica es la historia de institucionalización y privación de libertad en los entornos familiares de los adolescentes ya que un 58% de los adolescentes relevados declaró tener actualmente algún familiar privado de libertad y un 68% manifestó que familiares suyos han estado en esa situación anteriormente (INISA y UNICEF, 2022). Esta continuidad intergeneracional de la privación de la libertad expone la reproducción de contextos estructurales de exclusión y criminalización, donde el encierro se convierte en una experiencia heredada. A pesar de estas trayectorias, el 54% de los adolescentes indicó no haber tenido contacto previo con el sistema penal adolescente. El análisis del nivel educativo constituye un componente para comprender la situación de vulnerabilidad de estos adolescentes debido a que el 85% no había logrado completar el ciclo básico al momento de su ingreso al sistema, lo que pone de manifiesto una desvinculación temprana del sistema educativo.

1.2 Más allá de los ingresos: la pobreza como fenómeno multidimensional

La pobreza debe ser abordada desde una perspectiva multidimensional que permite una medición integral visualizando desigualdades que estaban ocultas y comprendiendo la complejidad del fenómeno. No se reduce a los niveles de ingresos, sino que se debe integrar las dimensiones educativas, condiciones habitacionales, protección social, acceso a servicios básicos y empleo. Concebir la pobreza desde esta perspectiva permite conocer de manera integral las condiciones de vida de la población ofreciendo una visión más amplia de las situaciones que afectan a los hogares, no haciendo énfasis únicamente en los recursos económicos lo que permite tener una visión estructural de la pobreza. Esta situación debilita la garantía de derechos y dificulta el acceso a condiciones adecuadas para el desarrollo, que se traduce en efectos directos sobre el bienestar psicosocial.

Según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) (2025) en el grupo etario de 6 a 12 años la pobreza es de un 28.1% y en adolescentes de 13 a 17 años es del 27.5%. Esta cifra se eleva en zonas urbanas como Montevideo - en comparación con el interior del país - donde en el 78% de los hogares pobres, viven niños y adolescentes. En los hogares monoparentales el 87% de NNA residen con la madre y un 34% de estos hogares son pobres. Por otro lado, el 51% de los niños, niñas y adolescentes pobres viven en hogares biparentales, conviviendo con ambos padres o con uno de ellos y la pareja (Greif y Fuletti , 2024).

Los hogares encabezados por mujeres presentan una incidencia de pobreza significativamente más alta en comparación con aquellos liderados por hombres. La distribución de los cuidados es uno de los principales factores, ya que las mujeres tienden a ser las responsables de estas tareas, lo que produce falta de tiempo que no les permite realizar trabajos remunerados. Un 19% de las mujeres en hogares con menores a cargo declaran que no trabajan ni buscan trabajo remunerado y como consecuencia la inserción en el mercado laboral se ve desfavorecida. El acceso al trabajo remunerado constituye un factor determinante en la reducción de la pobreza infantil. Sin embargo, acceder a un empleo no garantiza la reducción de la pobreza ya que el 85% de los NNA en situación de pobreza habita en hogares donde al menos una persona se encuentra ocupada. Es decir, que las condiciones laborales a las que están sometidos son precarias obteniendo como resultado bajas remuneraciones que no permiten cubrir las necesidades básicas y garantizar el bienestar de la familia.

A partir de datos presentados por Greif et al., (2025) uno de cada dos NNA vive en un hogar con al menos una privación de un servicio básico o de vivienda. Aproximadamente 190.000 NNA residen en hogares con problemas en su construcción y además viven en condiciones

de hacinamiento, entendidas como la existencia de más de dos personas por habitación. Los últimos estudios demostraron que del total de 13 programas de vivienda solo 2 dan prioridad a hogares con NNA. En cuanto a los porcentajes de tenencia segura de la vivienda, calidad de esta, saneamiento, calefacción, internet y alguna privación, los porcentajes son mayores en hogares con NNA a cargo a comparación de los hogares donde no hay presencia de menores de edad. El 7.8% de los NNA del país residen en asentamientos irregulares lo que implica que habitan en construcciones con carencias estructurales que dificultan el acceso a agua potable, saneamiento, calefacción, privacidad y seguridad.

Casi dos tercios de todos los NNA que sufren pobreza por ingresos residen en Montevideo y en el departamento de Canelones. De acuerdo con datos de la Intendencia de Montevideo, casi la mitad de todos los NNA en situación de pobreza residen en los cuatro municipios de la periferia de Montevideo superando el 20% en los municipios A, D y F mientras que, en contraste, en los municipios CH y B los niveles son inferiores al 5%. Está marcada concentración de la pobreza genera segregación territorial que Baráibar (2013) define como “la tendencia a la desigual distribución de grupos de población en el territorio y más que esto, a la creciente polarización en la distribución territorial de hogares que pertenecen a categorías socioeconómicas distintas” (p.12).

Hay un acceso limitado a servicios básicos, oportunidades y posibilidades de interacción de los sujetos con pares de otros estratos sociales debido a que esta circunstancia refuerza el patrón de segregación territorial asociado a la estratificación socioeconómica (Baráibar, 2013). Es desde ahí que las interacciones quedan reducidas con aquellos con quienes se comparte la misma condición implicando una pérdida de vínculos y de recursos. Siguiendo a Giorgi (2006) la exclusión siempre implica pobreza “en tanto inaccesibilidad al capital social, cultural, sociohistórico y psico simbólico de que dispone la sociedad de referencia” (p.6). Únicamente circulan patrones o modelos vinculados con la situación de exclusión fijando la identidad del sujeto como excluido.

Los niveles de participación en el sistema educativo varían dependiendo de los ingresos de los hogares. Mientras que el 100% de los adolescentes pertenecientes a niveles socioeconómicos altos asisten a clases, sólo el 86% perteneciente a niveles socioeconómicos bajos se encuentran en la misma situación (Mirador INEED, 2023). El ausentismo crónico afecta al 75% de los estudiantes en secundaria media básica, con mayor prevalencia en contextos socioeconómicos bajos y zonas rurales. Esto se traduce en una disminución en las posibilidades de participación en el mercado laboral que permita empleos estables y con buenas remuneraciones, fundamental para mejorar la calidad de vida a largo plazo (Greif y Fuletti, 2024).

La desvinculación para estudiantes de Enseñanza Media Básica para el período 2023-2024 es de 3,6 % y la promoción fue de 89.8%, mientras que en Enseñanza Media Superior el porcentaje de desvinculación fue de 10.7% y promoción fue de 75.5%. Una de las causas es la violencia territorial ya que puede afectar desfavorablemente las trayectorias educativas,

en contextos comunitarios fuertemente segregados y estigmatizados las trayectorias educativas de los adolescentes corren riesgo de verse interrumpidas con mayor frecuencia que en contextos comunitarios de menor privación de derechos. La desafiliación educativa está estrechamente atado a la desigualdad social, que puede ser condicionada por el bienestar económico y el contexto de la criminalidad de las comunidades (Salamano et al. 2024, p.31).

Otra dimensión de la situación de pobreza es la exposición a la inseguridad alimentaria, es decir, a la falta continua en el acceso a alimentos nutritivos ya sea por la falta de recursos o nivel de acceso. La prevalencia de inseguridad alimentaria moderada o grave en hogares con menores de 18 años en 2024 fue de un 17.7% lo que implica que se quedaron sin alimentos, se tuvieron que saltar alguna comida o estuvieron sin comer durante el día. La exposición a esta situación se vincula a problemas de salud físicos, cognitivos y emocionales, incrementando el impacto negativo en el desarrollo integral especialmente de NNA (INE, MSP, MIDES e INDA, 2024).

La inversión en la infancia y adolescencia es esencial para asegurar el ejercicio pleno de los derechos que implica que puedan crecer en condiciones adecuadas para su desarrollo con acceso a la educación, atención en salud de calidad, alimentación saludable y a una vivienda digna, promoviendo el bienestar.

Uno de los factores que más determinan o condicionan el éxito, los fracasos, los límites y las posibilidades de las políticas que los Estados desarrollan para garantizar los derechos sociales de los ciudadanos –y particularmente en relación con los niños y adolescentes- es, sin duda alguna, el volumen de recursos públicos destinados a su financiación (De Armas, 2008, p.19).

Según datos recientes del MIDES y UNICEF (2024), el 23% del Gasto Público Social (GPS) en Uruguay está destinado a la población de 0 a 17 años. Esta cifra incluye inversión en salud, educación, alimentación, vivienda y programas de protección social. La distribución del GPS en protección y seguridad social para el tramo de edad mencionado es de 10.4% en comparación con la franja etaria de 60 años o más que abarca un 70%. Para los hogares en situación de vulnerabilidad se destina un 5.2% en transferencias monetarias como las

asignaciones familiares del Plan Equidad y la Tarjeta Uruguay Social. Esto se refleja en el porcentaje de NNA que reciben transferencias monetarias de las Asignaciones Familiares del Plan Equidad ya que abarca a un 55% aproximadamente, asimismo casi la mitad de NNA bajo la línea de pobreza recibe la Tarjeta Uruguay Social.

Este tipo de transferencias son la principal herramienta de respuesta inmediata para la atención y abordaje de la pobreza infantil y se las puede considerar una inversión “en tanto determinan el desarrollo de las condiciones para una vida productiva en la etapa adulta y la mejora de largo plazo en el bienestar general de la población” (MIDES y UNICEF 2024, p.10). Al disminuir las disparidades se generan mayores oportunidades que permiten fortalecer capacidades en el ámbito educativo y consecuentemente laboral, así como también fortalecer las condiciones de salud. Estas mejoras no serán únicamente individuales, sino que repercuten positivamente en la sociedad en su conjunto.

1.3 Salud Mental: desafíos y realidades

La salud mental está intrínsecamente vinculada a los derechos humanos y debe ser pensada desde la integralidad de múltiples dimensiones. Tiene que ser comprendida como una construcción sensible a su entorno, profundamente influida por la historia, la vida cotidiana, determinada por la cultura, las relaciones interpersonales, los vínculos comunitarios y el acceso a bienes y servicios. Siguiendo a Arias (2019) “consideramos la salud mental como una dimensión relacional de carácter histórico, más que un estado individual, que se construye en el ámbito de las relaciones y los vínculos sociales y la tramitación cotidiana de los conflictos” (p.49). Debe considerarse todos los elementos que configuren situaciones de sufrimiento o de bienestar ya que influyen en la capacidad para desarrollar todo el potencial del sujeto.

Se observa que la “salud mental es un campo bastante polisémico y plural en la medida en que indica que el estado mental de los sujetos y de las colectividades son condiciones altamente complejas” (Amarante, 2015, p.15). Las expresiones de los sujetos no pueden ser reducidas por el paradigma biomédico únicamente a diagnósticos por lo que se debe correr del enfoque sanitarista que tiende a la medicalización de la vida y patologización del sufrimiento. Es necesario romper con la perspectiva biomédica donde la medicina interviene en la vida social y define problemas de la vida cotidiana como problemas médicos, para hacer énfasis en el modelo biopsicosocial con un enfoque integral. No significa dejar de lado los diagnósticos y tratamientos médicos, pero sí reducir la centralidad que han adquirido para dejar de ser la única respuesta.

No se vincula solamente a aspectos singulares, sino que también influyen factores estructurales. A partir de esto, los problemas de salud mental comienzan a entenderse como respuestas a entornos desfavorables como la exposición a situaciones violentas, vínculos deteriorados o las consecuencias producidas por la falta de ingresos monetarios (INJU, MIDES y UNICEF, 2022). La salud mental durante la adolescencia representa un desafío creciente en Uruguay siendo uno de los factores relevantes el vínculo con las condiciones socioeconómicas, el ambiente en que se vive, los recursos disponibles y los modos de vida (Restrepo y Jaramillo, 2012) dado que son factores determinantes en el bienestar adolescente.

Considerando los datos sobre la situación de pobreza en adolescentes, el Informe del Panel de Juventudes (2023) reveló que un 69.2% de la población entre 12 y 17 años expresó tristeza vinculada a la situación económica de su hogar. Actualmente la vida está dominada por patrones de consumo que comienzan a ocupar un lugar central, donde el acceso a ciertos bienes materiales genera estatus y bienestar que responden a las demandas de la sociedad. No solo interesa los hábitos de consumo que derivan en la necesidad de aceptación - dado que en ocasiones las personas se identifican con lo que poseen- sino que también con las necesidades más esenciales como el acceso a bienes y servicios, a alimentación de calidad y condiciones habitacionales adecuadas.

Los adolescentes en ocasiones son conscientes de las dificultades que se abordan en el hogar respecto a la incertidumbre para cubrir gastos esenciales como luz, agua, alimentos o endeudarse. Esto tiene impacto en la vida familiar y en la salud mental ya que se traduce en un estrés o angustia que se replica de los adultos responsables a los adolescentes o puede también ser emociones propias de ellos (Greif et al., 2025). Estos son factores que inciden directamente sobre la dimensión emocional, bienestar psicosocial y el desarrollo físico y cognitivo. Las condiciones de vidas adversas constituyen un factor de riesgo para el desarrollo integral, como plantean Jaramillo y Restrepo (2012) “las condiciones objetivas en las que se encuentra un individuo son causa y no consecuencia de sus modos subjetivos de ser y pensar” (p.206).

El informe Panel de Juventudes (2023) reveló que el 25% de los jóvenes atravesó al menos dos semanas continuas de tristeza o desesperanza, y un 12% manifestó pensamientos suicidas. Seis de cada diez adolescentes reportan síntomas leves de malestar y sentimientos negativos como soledad, preocupación, conductas violentas, desesperanza o angustia. Sin embargo, estos padeceres son comunes a la adolescencia y no deben interpretarse como indicadores de un síntoma patológico, por lo que no se debe hacer foco en las enfermedades, sino considerar el contexto para lograr un mejor entendimiento de la situación. No se debe

clasificar como enfermedad una reacción que en ocasiones puede ser la esperada dentro de determinados contextos y momentos.

Como se plantea en el Informe de situación de bienestar psicosocial y salud mental en adolescentes “son frecuentes los traspiés, algún síntoma, alguna señal del esfuerzo del proceso y el que los y las adolescentes transitan por momentos de malestar psíquico, sin por ello estar atravesando algún problema de salud mental” (INJU, MIDES y UNICEF, 2022). Esto implica que haya determinados síntomas que pueden surgir tanto en una situación patológica como en una condicionada por factores estructurales o sociales. La producción del dolor no solo se produce de manera interna, sino que está profundamente vinculado con lo social, histórico y relacional por eso se debe “colocar el padecimiento como una construcción subjetiva e intersubjetiva enlazada a procesos estructurales e históricos” (Faraone, 2013, p.36).

La exposición a la violencia aparece como un factor central en el origen del malestar debido a las múltiples repercusiones y sentimientos que produce como miedo, angustia, baja autoestima o dificultades en el desempeño académico. Casi el 70% de quienes manifestaron tristeza o desesperanza han sufrido violencia o discriminación y dentro de estas formas de violencia, el bullying se destaca como una de las más frecuentes. Los datos revelan que el 81% de los adolescentes tristes experimentaron situaciones de bullying, lo que produce un mayor sentimiento de tristeza o angustia (INJU, MIDES y UNICEF, 2022). Dependiendo del tipo de agresión, las características del sujeto y quien sea que perpetúa la violencia dependen las secuelas.

Es relevante también las relaciones familiares, debido a que situaciones desfavorables como los conflictos constantes, la falta de comunicación y el escaso afecto entre los miembros del hogar, influyen directamente en el bienestar emocional. Estas experiencias son consideradas como factores de riesgo importantes sobre la salud mental de adolescentes debido a que las situaciones de acoso, maltrato, burlas, indiferencia y exclusión ya que “frente a una situación de maltrato o de cualquier forma de violencia (...) se deja de ser sujeto y pasa a ser objeto de la persona maltratadora. Esto produce un profundo malestar psíquico y enorme dolor y sufrimiento” (Peroni y Prato, 2012, p.32).

El bienestar psicosocial está determinado por los soportes, redes, interacciones y condiciones de vida. Identificarlos contribuyen a una comprensión global de cómo se procesan las diferentes circunstancias que deben enfrentar los adolescentes, esclareciendo las causas del padecimiento así evitando la invisibilización del origen de este. Existen diversas formas en que el malestar puede expresarse desde lo vinculado al estado anímico como irritabilidad,

fatiga, insomnio, angustia, intentos de autoeliminación (IAE) y al cuerpo -la percepción negativa del mismo- relacionado a los estereotipos de belleza. Muchas conductas de riesgo en la adolescencia están determinadas por la búsqueda del sentido de la vida, y el límite entre la vida y la muerte. A menudo, la percepción de vulnerabilidad conduce a la exposición, a riesgos elevados o graves como forma de no mostrarse vulnerable (Grunbaum y Misol, 2014).

El suicidio se ha consolidado como la principal causa de muerte entre adolescentes de 15 a 19 años con un 13.38 % y los IAE se concentraron principalmente también en este rango etario. Este dato evidencia una alarmante prevalencia del sufrimiento psíquico en la juventud donde las situaciones familiares y emocionales complejas tienen como resultado ideas vinculadas a la autoeliminación. Hay una gran incidencia particularmente alta en hombres respecto a los números de suicidio, sin embargo, en mujeres el porcentaje con intentos de autoeliminación es mayor.

Es necesario analizar cómo las normas de género influyen en las maneras en que se expresan las emociones, ya que está asociado a que la mujer es quien está habilitada para expresar sentimientos y mostrar vulnerabilidad, al contrario de los hombres que tienden a silenciarlo teniendo “concepciones de masculinidad como independiente y autosuficiente que inhiben, en muchos hombres, el desarrollo de habilidades para procesar sus afectos, temores e inseguridades “(Salguero Velázquez, 2019, p.5). Las construcciones culturales en torno al género impactan en la forma en que los adolescentes gestionan sus emociones y buscan ayuda debido a que existe un conjunto de ideas, representaciones y creencias basadas en que hay cosas propias de hombres y de mujeres, significados que son transmitidos y reforzados en las personas como parte de su proceso de identidad.

Desde el Ministerio de Salud Pública se expresó el compromiso a tomar medidas de prevención y promoción de la salud mental como campañas de sensibilización en las que los adolescentes participen de manera activa en las mismas. En el año 2024 se creó el programa Ni Silencio, Ni Tabú con el objetivo de generar una proximidad a la comunidad y promover el bienestar adolescente sin patologizar, promoviendo la escucha, creando centros de promoción de bienestar, articulación interinstitucional y formación a adultos referentes. También se llevó a cabo una campaña nacional de prevención del suicidio denominada “vivir importa: Hagamos red” organizado por el Programa Nacional de salud de adolescentes y Jóvenes y el Programa Nacional de Salud Mental.

En materia legislativa se realizaron avances a través de la aprobación de la Ley de Salud Mental N° 19.529. Es el marco legal para la protección, promoción y atención de la salud mental, hace foco en un abordaje integral, comunitario, descentralizado e interdisciplinario. A

través de la misma se busca garantizar el derecho a la protección de la salud mental de toda la población. Sin embargo, desde el informe de INJU, MIDES y UNICEF (2022) se critica que la Ley menciona a los niños, niñas y adolescentes en su conjunto lo que es un obstáculo en el abordaje de las situaciones particulares dado a las diferentes necesidades, capacidades y estado de desarrollo. En cuanto al diseño de políticas es vital reconocer la diferenciación entre ciclo de vida para así poder dar una respuesta adecuada a las demandas y necesidades.

Capítulo 2 Voces adolescentes: expresiones del sufrimiento subjetivo en adolescencias del barrio Cerro

El taller realizado en la escuela N.º152 permitió visibilizar e identificar un conjunto de situaciones con repercusiones visibles en las trayectorias de los NNA. Las experiencias están mediadas por factores socioeconómicos, culturales e históricos. Se pueden configurar diferentes vivencias que son únicas y singulares para cada sujeto por lo que no hay un único criterio para medirlas. En función de la heterogeneidad de las realidades es que no se puede hablar únicamente de una manera de transitar las adolescencias, siendo indispensable validar la experiencia emocional y la historia personal que otorga significado a las diferentes maneras de sentir.

A partir de los relatos en el taller se identificó el bullying y la violencia en el territorio como las dos dimensiones más relevantes para los participantes. Las señalaron como circunstancias que les produce malestar y por eso no volverían a elegirlo para su vida. Es a partir de esto que se observa que el sufrimiento no se explica en cuanto a problemas de salud mental, sino que “el sufrimiento y el dolor son producto de la toma de conciencia de una situación dolorosa o compleja y no de una patología” (INJU, UNICEF y MSP, 2022, p.10). En los casos trabajados se vincula con situaciones en donde los vínculos entre pares y con el territorio presentan grandes dificultades que limitan la interacción y el desarrollo de la vida diaria. Según Stolkiner (2001) al incorporar el concepto de sufrimiento subjetivo se reduce la mirada patologizante permitiendo conocer y asimilar en profundidad las problemáticas. Esto permite entender el sufrimiento de las adolescencias y no explicarlo exclusivamente a través de enfoques médicos.

2.1 Vínculos afectivos en la adolescencia: la familia y los amigos

Ante la pregunta sobre qué elegirían para su vida, la mayoría mencionó a la familia por lo que en este caso se la puede identificar como una dimensión fundamental. Esta cumple un rol medular al brindar sostén y contención, se observa en la frase de niño 10 “tener la misma familia”. Asegura a sus miembros estabilidad, seguridad y un sentido de identidad, por lo tanto, las redes familiares son proveedoras de apoyo y fundamentales para el desarrollo integral,

puede entenderse entonces a la familia como un grupo de personas, que se relacionan por determinadas reglas que comprenden derechos y obligaciones, emparentadas por lazos de afinidad (conyugal o de pareja) y/o de consanguineidad (...), cuyas funciones son la crianza, los cuidados, la producción, el consumo, la socialización y el

aprendizaje de las relaciones de género, las redes familiares pueden ser proveedoras de apoyo” (De Martino, 2020, p.101).

Las vivencias a través de la crianza que tengan los adolescentes van a impactar en su desarrollo de manera directa o indirecta, siendo la familia el vehículo de valores, costumbres y cultura. Un entorno familiar de contención incide de manera positiva, por eso se la considera primordial en cuanto a materia de socialización y de apoyo. Sin embargo, el entorno familiar puede convertirse en factor de protección o de riesgo dependiendo el contexto. Los conflictos y dificultades conductuales que se pueden generar no están vinculados a una simple rebeldía, sino que suelen estar profundamente vinculados con factores del entorno familiar, en especial cuando las relaciones familiares se reestructuran y los vínculos con los padres se vuelven inestables. Estas circunstancias pueden ocasionar que los adolescentes no se sientan incluidos y adaptados (Cervantes y Gaeta, 2017).

La presencia o ausencia de una de las figuras paternas puede influir en la formación de la identidad y en la capacidad de establecer relaciones saludables. Además, la ausencia paterna puede tener un efecto negativo en el bienestar socioemocional. Los padres constituyen un factor importante en el desarrollo de las competencias emocionales, siendo el apoyo parental fundamental para varias dimensiones de la vida como una alta autoestima y un menor malestar psicológico. La ausencia, especialmente cuando no se acompaña de otras redes de contención familiar o social, produce una mayor situación de fragilidad emocional y psicosocial. No solo interesa la presencia paterna, sino que las redes de contención sean activas y afectivas dado que puede actuar como un factor protector.

Se identifican algunas expresiones vinculadas directamente con la ausencia paterna, observándose en dos relatos distintos de niña 1 “en otra vida mi papá no me abandonó” y niña 2 “me gustaría tener a mi papá”. Por otro lado, también se reconoció que las dificultades en el vínculo junto con la poca presencia generan sentimientos de rechazo, como manifestó niño 3 “que no exista mi papá”. Consiguientemente, estos tres también manifestaron que en otra vida volverían a elegir la familia que tienen, por lo que valoran el tipo de estructura familiar en la que viven y el impacto positivo que produce en su bienestar. La situación paternal genera frustraciones, incomodidades y un dolor que cada uno transita de diferente manera en cuanto a la contención que reciben en su hogar y los motivos de esa ausencia.

En las últimas décadas se ha presenciado transformaciones en las configuraciones familiares donde predominan los hogares monoparentales con mujeres jefas de hogar y también las familias extendidas, es decir, que se convive con personas con lazos de consanguinidad o

no. El divorcio genera nuevas dinámicas familiares que en ocasiones puede presentar un desafío debido a los cambios a los que deben adaptarse, esto se observa en uno de los relatos que manifiesta niño 4: “en otra vida mis padres estarían juntos”. Cuando la nueva organización en el ámbito interno de la familia no logra responder a las demandas del adolescente en algunos casos puede derivar en un empeoramiento de la calidad de vida, desarrollo de problemas de conducta, ansiedad o depresión. Sin embargo, no siempre tiene porque influir de manera negativa ya que no es necesario la presencia de los dos progenitores para asegurar el bienestar y desarrollo integral.

La relación con los padres brinda seguridad emocional donde los vínculos influyen directamente en cómo los hijos entienden, sienten y reaccionan ante los conflictos. Niño 5 expresó “elijo a mi familia porque siempre están para mí y porque me gustaría que estemos unidos”. La relación que se establece ayuda a formar ideas sobre la culpa y responsabilidad, a sentirse más o menos seguros emocionalmente y a desarrollar mejores maneras de afrontar problemas. Es un factor fundamental a nivel cognitivo, en la forma en que se interpreta y procesa mentalmente lo que sucede alrededor. Desde que son niños importa las redes y vínculos porque incide de manera directa en cómo piensa y se comprende el mundo, además, es la base para el desarrollo en la adolescencia.

No solamente la familia resulta ser fundamental en la vida de los adolescentes, sino que los amigos también se destacaron como una dimensión crucial de su vida y muchas de las respuestas hicieron énfasis en que volverían a elegir a sus amigos, niño 7 “me gustaría tener a mis amigos, porque siempre están en mis buenos y malos momentos y nunca me dejan solo” y niña 1 “seguir teniendo a mis amigos/as y mucho más”. En la adolescencia se intensifica la dependencia con sus pares por lo que la presencia de los amigos es fundamental y comienzan a tener más relevancia que en la niñez. Comparten experiencias similares y se sienten comprendidos, logran ponerse en el lugar del otro. Se genera bienestar, confianza y reducción de inseguridades por lo que es altamente gratificante para el adolescente (Unicef, 2021). Sin embargo, se pueden dar conflictos que pueden tener un fuerte impacto negativo en el desarrollo y bienestar emocional.

2.2 Relaciones entre pares, conflicto y acoso escolar

Todas las relaciones interpersonales pueden presentar dificultades, en especial en la construcción de vínculos, en cómo se relacionan y experimentan la amistad. Se produce un malestar que puede determinar los modos en que se desarrolla la relación entre pares, esto se observa en el relato de niña 5 “no me gustaría para mi vida las envidiosas y falsas, las

peleas, las discusiones”, niña 6 “no me gustaría para mi vida las envidiosas, las peleas, malas vibras” y que consideren a sus amigas niña 7 “amigas falsas, malas”. Los conflictos son inherentes a la dinámica de la amistad, pero igualmente puede generar consecuencias de malestar.

En la dinámica de convivencia de los centros educativos se generan vínculos que pueden ser atravesados por comportamientos que dificultan las relaciones entre pares pero que no configuran situaciones de violencia, sino que son propias de la convivencia (Menéndez Benavente, 2004). La diversidad de intereses, necesidades y perspectivas pueden generar tensiones o desacuerdos que son expresión de la singularidad en la convivencia con el otro. Estas tensiones y fricciones deben ser superadas para habilitar un espacio seguro para expresar emociones, compartir preocupaciones, recibir apoyo, sentirse comprendido y mejorar el estado de ánimo.

En algunos casos se manifestó explícitamente la vivencia de situaciones vinculadas al conflicto en el vínculo con pares e hicieron mención del bullying. Esta es una de las problemáticas que afecta especialmente el bienestar de adolescentes dado que no es un simple conflicto entre pares, sino que implica “un comportamiento negativo reiterado con intención de causar daño y con asimetría de poder, sea física o psicológica, entre el perpetrador y la víctima” (Olweus y Limber, citado en Trajtenberg y Eisner 2010, p.105). La dinámica entre ambos roles dependerá del contexto y del entorno en que se desarrolla, muchas veces el agresor justifica su accionar en base a las características de la víctima y suele surgir sin provocación previa.

Con base en lo trabajado en el taller se observa que casi la mitad de los participantes expresaron haber vivido diferentes manifestaciones de maltrato, que identificaron como bullying. Las niñas 1 y 10 comunicaron de manera clara “que no exista el bullying”. Conjuntamente, se distinguieron comentarios ofensivos sobre su cuerpo, situaciones de exclusión y humillaciones que adoptaron la forma de bromas y burlas. Del total de 11 niñas, 9 mencionaron explícitamente el bullying, malos tratos y dificultades en los vínculos. Por otro lado, ningún varón habló del bullying, de la convivencia escolar, ni tampoco de formas de exclusión.

La personalidad en esta etapa se está constituyendo teniendo como aspecto central la valoración personal y la aceptación de sí mismo, donde los adolescentes comienzan a pensarse y definirse desde los adjetivos que reciben. Al ser destinatarios de los mensajes negativos que les proporciona el entorno se producen dudas y percepciones negativas.

Es en la adolescencia que los jóvenes utilizan los recursos sociales y psicológicos que adquirieron en su proceso de desarrollo para construir su identidad, reconocerse a sí mismos, comprender quiénes son, qué esperar de sí y también moldear su comportamiento, pero este momento se ve afectado por una tensión emocional en un momento delicado como es la construcción de su identidad. Las adolescencias están transversalizadas por aspectos del contexto social, económico y cultural por lo que no se puede separar de estos factores que determinan su experiencia, de caso contrario, se limita la comprensión de las distintas trayectorias. Giorgi (2006) plantea que

los modelos, experiencias y contenidos culturales con que las personas cuentan para alimentar y sostener su proceso identitario provienen de: las redes sociales, tradiciones culturales, los niveles de integración laboral y educativo, así como las modalidades de ejercicio de la ciudadanía y las políticas públicas (p. 2).

A partir de las respuestas surgidas en el taller respecto al tema bullying no se hace referencia al maltrato físico, sino el verbal donde las palabras tienen un poder destructivo, esto se observa en niña 8 “que la gente no hable mal mío” y en niña 2 “no me gusta que me humillen”. Los enunciados contruidos sobre el otro, los definen como persona, se los ridiculiza, los hacen sentir inferiores y se exponen sus debilidades. La exposición a bromas es uno de los componentes de esta agresión que deja secuelas, niña 11 “que mis amigas no sean malas como antes que siempre me hacían bromas pesadas que yo terminaba llorando”.

Las humillaciones pueden permanecer de manera vivida en la mente y recordarlas pueden generar el mismo malestar de cuando sucedió en un momento determinado. Las palabras y actos humillantes son capaces de producir el mismo impacto y dolor emocional que la violencia física. Pueden desencadenarse dificultades en el vínculo con otros, en especial, cuando experimentan humillaciones en público que tienen por resultado impotencia, vergüenza y baja autoestima.

Se asocia también el destrato debido a ciertas características físicas que son clasificadas como negativas, esto se observa en uno de los relatos donde se expresa niña 9 “no me gusta que me molesten por mi físico”. Hay mandatos que definen los estándares sobre la belleza que determinan en cómo se vinculan con las exigencias de alcanzar un ideal. Existe una relación respecto a las condiciones físicas del sujeto y los parámetros establecidos, de modo que aquellos que no logran ajustarse a las exigencias hegemónicas son estigmatizados y excluidos.

La disconformidad consigo mismos es fuerte niña 4 “en otra vida no hubiese tenido problemas con mi cuerpo” lo que conlleva una disminución de la autoestima produciendo falta de pertenencia, vergüenza, rechazo por su propio cuerpo y frustración. La asignación de etiquetas tiende a distinguirlos y los prejuicios o estigmas definen de manera negativa sin tener en cuenta su individualidad. Las expresiones vinculadas a la disconformidad con el cuerpo, no es únicamente una opinión superficial de carácter estético, sino que es el reflejo de un malestar que atraviesa la vida emocional donde el cuerpo se convierte en el lugar donde se inscriben experiencias difíciles de procesar y que se traducen en el malestar con la propia imagen.

En la adolescencia es fundamental la aprobación del grupo de pares para lograr un sentido de pertenencia “la búsqueda por el reconocimiento y la aceptación de los demás es existencial porque en su trasfondo está el dar sentidos a la vida. En estos procesos, la mirada del otro es fundamental” (Kaplan y Szapu 2020, p.17). Tener amistades permite compartir experiencias similares que generan sentimiento de pertenencia, pero esto puede generar dependencia emocional, por lo que son altamente sensibles al rechazo de sus pares y pueden percibirlo como una amenaza real a su propia existencia (UNICEF, 2021).

En esta etapa se profundiza el sentimiento de pertenencia social y la construcción de la identidad donde

se tiene la necesidad de construir una identidad que sea reconocida, de encontrar un grupo de pares con el cual identificarse. Pero cuando es en ese grupo donde son discriminados, las emotividades juveniles se ven afectadas por sentimientos de exclusión. El sufrimiento es tal que puede llegar a suprimir los deseos de participar de espacios compartidos con las y los compañeros (Kaplan y Szapu, 2020, p.106).

La exclusión y la falta de aceptación por parte del grupo son padecimientos que dejan cicatrices, como señaló niña 11 “que mis amigas nunca me ignoren”, por lo tanto, quienes la padecen ponen en palabras el dolor del ser dejado de lado, de vivir la soledad. Frente a la exclusión es importante reconocer cuales son las redes de apoyo que poseen debido a que si las mismas son débiles se puede generar aislamiento, incrementar el temor, inseguridad y la fragilidad en el vínculo con otros ya que no hay una predisposición para generar lazos.

No todos sufren el bullying de la misma manera, algunos no tienen un motivo específico de esa exclusión, al ser ignorados, al sentirse invisibles o rechazados simplemente no existen para el resto, sin embargo, los que son objeto de burlas por sus características físicas son

conscientes de los motivos de las humillaciones y del trato hostil. Las consecuencias de estas acciones pueden resultar ser las mismas pero el tránsito dependerá de cada uno. Los procesos de discriminación, estigmatización e inferiorización generan emotividades cargadas de sufrimiento y a lo largo de su experiencia educativa van desarrollando un dolor que tiene origen en las interacciones cotidianas. Las palabras y actos violentos, aunque no dejan marcas visibles producen dolor y afecta profundamente el bienestar, las heridas emocionales pueden durar más allá de la situación (UNICEF, 2021).

Los NNA comienzan a conocerse mejor y a elevar autoestima cuando perciben por parte del otro el reconocimiento y aceptación por quienes son generando una sensación de seguridad y valoración. Los adolescentes comienzan a pensarse y definirse desde los adjetivos que reciben y el sufrimiento aparece asociado a los sentimientos de asco, vergüenza, ira o miedo a sentirse excluido. En todos los casos, estas emociones se vinculan con lo que Kaplan y Szapu (2020) definen como dolor social, que es padecido por quienes son depositarios de juicios de valor que tienden a estigmatizar y que se vuelve difícil de tramitar (p.24). El bullying no solo constituye un problema de convivencia escolar, sino que representa una seria amenaza para la salud mental de los adolescentes.

Los testigos de situaciones de bullying aunque no sean víctimas directas se ven afectados y enfrentan consecuencias de esos actos. En ocasiones se logra identificar que el otro está atravesando una situación que le produce malestar; se reconoce el daño que está sufriendo lo que puede despertar impotencia o culpa. En aquellas circunstancias en que hay imposibilidad de cambiar la situación dicha condición también produce malestar en ellos. En ocasiones estas circunstancias tienen por resultado deterioro en el ambiente educativo produciendo desconfianza entre pares y el sentido de comunidad, además, de que promueve una cultura de la violencia y la misma se comienza a naturalizar en los vínculos.

Estas situaciones producen malestar por la falta de reconocimiento en las relaciones con los demás. Este sufrimiento no es siempre expresado verbalmente y muchas veces se traduce en conductas de retraimiento o autoexclusión. La expresión de malestar se puede presentar con diferentes manifestaciones en su estado anímico, autopercepción, baja autoestima o pérdida de interés. En muchos casos, estas manifestaciones pueden escalar hacia cuadros clínicos. Durante este periodo se dan modificaciones y evoluciones que tienen implicancia en el desarrollo personal que es continuo, la formación de la personalidad no es estática, sino que es un proceso constante y progresivo por lo que es necesario comprender las transformaciones para promover capacidad y fomentar potencialidades.

Aquí cobra relevancia las redes de apoyo y sostén en el tránsito de situaciones de violencia dado que el apoyo afectivo es un factor protector frente al daño que causas estas acciones, la “red social como un elemento fundamental para la comprensión del sufrimiento de la persona y también como un recurso central en el alivio de ese sufrimiento” (Peroni y Prato 2012, p.44). No solo sufre por ser agredido sino por la dificultad de expresar verbalmente sus emociones, es fundamental la escucha, acompañamiento y validación de su experiencia favoreciendo el fortalecimiento personal.

2.3 Habitar el miedo: la violencia en el territorio

A partir del taller se destacó el impacto que tiene la violencia en el barrio. La escuela se ubica en el Barrio Cerro, pero los que asisten a ella habitan en sus alrededores como los barrios Cerro Norte, Maracaná sur, La Paloma, Cotravi, Casabó y Bajo Valencia. Estos barrios durante el último año han cooptado los medios de comunicación debido a las situaciones de violencia que han sucedido allí, especialmente los enfrentamientos armados a partir del narcotráfico. Según datos del Ministerio del Interior durante el año 2024 la zona Oeste de Montevideo fue la que más homicidios registró, el 71 % se dieron en la vía pública, un 60% se vincula a conflictos entre criminales o ajustes de cuentas y la utilización de armas de fuego en estos hechos fue de un 79%.

La zona Oeste ha sido estigmatizada como espacios atravesados por la pobreza, precariedad y con hechos criminales. Las áreas periféricas de Montevideo registran los niveles más altos de violencia en la comunidad, siendo también las zonas que tienen un mayor porcentaje de NNA viviendo. Consecuentemente el entorno barrial en el que se desarrollan influye de manera significativa sobre las oportunidades a las que acceden y los resultados que obtendrán en la adultez (Greif et al., 2025). Los barrios que se encuentran con altos índices de pobreza tienen una correlación con los mayores índices de violencia. Las desigualdades sociales junto con la segregación territorial constituyen escenarios propicios para que la violencia se genere y reproduzca (Riella y Viscardi, 2002). La tasa más alta de homicidios se registra en las zonas periféricas de Montevideo donde mucho de los homicidios están vinculadas al narcotráfico y al enfrentamiento armado de grupos delictivos.

La situación de violencia afecta el desarrollo de la vida cotidiana, produce temor, incertidumbre y frustración, 9 de los que participaron en el taller expresaron que no les gusta el barrio que viven y en el momento de realizar la puesta en común la totalidad de la clase estuvo de acuerdo en que el barrio es peligroso y nos les gusta vivir allí. Por lo que el miedo

se instala, se reproduce y se amplifica afectando incluso a quienes no han sido víctimas directas de hechos delictivos. La situación de inseguridad es cotidiana, casi inevitable formando parte del estado emocional, moldeando sus decisiones y restringiendo posibilidades.

La apropiación del entorno es fundamental porque permite establecer vínculos y transformarse en parte de la experiencia y de las historias de los sujetos "apropiarse de un lugar no refiere únicamente a utilizarlo, sino que significa establecer una relación con él, incorporarlo a las vivencias propias y convertirse en actor de su propia transformación" (Chombart apud Rueda en Cedrés et al., 2014, p.11). El entorno no es sólo fuente de información sino también de emociones que está determinado por el contexto de este espacio; puede producir seguridad o incluso miedo, dependiendo de las experiencias, lo que fijará la capacidad de transformarlo y sentirse parte (Carrión y Vainstoc, 1987).

Siguiendo a Saraví (2004) el barrio es el ámbito más cercano de la vida colectiva configurándose como espacio público y el mismo "representa el *locus* donde tienen lugar los encuentros, interacciones y relaciones sociales locales; sin embargo, los atributos que asumen estas prácticas sociales están definidos por las características de la vida pública local y dependen de ellas" (Saraví, 2004, p. 35). La falta de apropiación de los espacios públicos o el retraimiento del tránsito por el barrio debido al temor, tiene como consecuencias la reducción de las actividades recreativas, el uso del tiempo para el ocio, el encuentro con otros y también el acceder a centros educativos "los procesos de violencia que obstruyen el acceso al espacio público, se entienden son otra de las dimensiones de la desigualdad territorial en nuestras ciudades que, en interacción con otras restringe seriamente las oportunidades de las y los más jóvenes" (Musto et al 2022, p.2603).

Los actos violentos son frecuentes y parte de la vida diaria, la presencia del temor y el sentimiento de desprotección no implica necesariamente que deban dejar de frecuentar ciertos espacios, pero sí que restrinjan la circulación por el barrio. En ocasiones, las familias reducen sus actividades tanto en el interior como fuera del hogar como estrategia de protección, dado que al producirse tiroteos o situaciones violentas en las proximidades se restringen al mismo. Esta situación limita la movilidad y repercute en el acceso a la educación dado que el miedo a la inseguridad condiciona la asistencia a los centros educativos. Como consecuencia, se debilitan las trayectorias educativas y se evidencia una correlación entre el abandono del sistema educativo y la criminalidad.

La violencia copta el espacio público y coloca a los adolescentes en una situación de vulnerabilidad donde son testigos de actos violentos desde una edad temprana; actos que no están dirigidos a ellos, pero que presenciarlos puede tener un fuerte impacto. Las consecuencias se pueden expresar en lo emocional, en lo fisiológico, cognitivo, pero también en el desarrollo de la vida diaria ya que se ha visto profundamente afectada por una creciente sensación de inseguridad que se relaciona directamente con la presencia constante de armas de fuego. El temor se ha convertido en un componente habitual de la vida, especialmente entre los adolescentes que manifestaron que sus barrios eran peligrosos, niño 12 “mi barrio es peligroso y no es muy seguro”, cuanto más próximo estén a las situaciones de violencia, en la misma medida aumenta la sensación de inseguridad o vulnerabilidad.

El miedo se ha convertido en una forma naturalizada de relacionarse en este tipo de barrios, donde se da una pérdida de convivencia pacífica en especial cuando los enfrentamientos armados inundan la cotidianidad de la dinámica barrial y produce el deseo por parte de quienes son testigos de estos actos niño 15 “que no estén con armas en los barrios”. La sensación de inseguridad se vincula al delito y en especial a los enfrentamientos armados. Esto se evidencia en frases como niño 7 “a veces andan a los tiros” que dan cuenta de un clima de tensión que atraviesa la vida cotidiana y moldea la forma en que se vive el espacio urbano.

La circulación defensiva en el espacio público ante la alta posibilidad de ser víctima de un robo y en especial de ser testigo o protagonista de un asesinato, junto con el impacto de la crueldad en la(s) forma(s) de hacer morir tiene resonancias expansivas en toda la comunidad (Salamano et al., 2024, p.30).

El miedo no es solo una emoción individual, sino que se da en una relación social, en cómo las personas se vinculan entre sí y también con su entorno. Ese temor se produce en sociedades más fragmentadas donde hay tensiones en la convivencia, teniendo como resultado aislamiento de las personas y desconfianza que se traduce en la falta de espacios seguros comunitarios e institucionales. Experimentar situaciones de violencia en el territorio puede generar diferentes reacciones a quienes habitan en el barrio como miedo y ansiedad constante ya que se está en un estado permanente de alerta.

Por otro lado, se puede vincular con el temor por la vida en tanto guarda relación con las expresiones respecto a niña 1 “que no exista la muerte” y como también al miedo de que un familiar cercano pueda morir, niño 15 y niño 13 expresaron “que no se muera mi mamá”. Las muertes violentas son parte de la vida diaria, está el temor de poder ser asesinado cualquier

día y están expuestos a ella en los lugares donde deberían sentirse protegidos. En ocasiones los adolescentes han sido testigos de esta o asocian el ruido de armas de fuego a la muerte.

El desarrollo de la vida diaria se produce en torno a estas situaciones que genera modificaciones a nivel emocional en cuanto a los vínculos, el sentimiento de autonomía y de pertenencia. El barrio promueve la integración y el sentido de identificación comunitario, por lo que poder apropiarse del espacio y a partir de allí construir relaciones es fundamental para el desarrollo. Como plantea Leopold et al., (2022) “el imaginario de los niños y niñas, remite a lo conocido y próximo. Ello reafirma la importancia de los sucesos barriales en tanto se configuran como los únicos espacios de socialización y vínculo social” (p.17). El barrio también funciona como un entorno de aprendizaje donde se dan experiencias vitales de juego y de relaciones por lo que es fundamental la presencia de entornos amigables, que den seguridad y garanticen el desarrollo de la vida de acuerdo con las demandas y deseos de quienes habitan el espacio. Que el barrio se constituya como espacio de encuentro y convivencia brindando oportunidades para todos.

Capítulo 3 La resistencia como proceso activo de transformación del sufrimiento

3.1 Sujeto sufriente-resistente: aproximaciones teóricas para pensar la salud mental adolescente

El sufrimiento se puede manifestar de diversas maneras en función de diferentes causas, experiencias personales y contextos en los que se produce. El sufrimiento es inherente al sujeto, pero es clave que en este proceso no se pierda la identidad, la participación social o la capacidad de decidir. Es fundamental concebir la noción de sufrimiento junto con la relación de los sujetos y el entorno; el dolor o el malestar no pueden explicarse únicamente a través de categorías de la medicina ya que es más complejo e involucra experiencias subjetivas, contextos y relaciones sociales. Por lo tanto, se lo puede entender al sufrimiento como una

condición existencial de respuesta ante las dinámicas del contexto de vida, que no necesariamente es equiparable a enfermedad o patología. El sufrimiento se relaciona con procesos históricos e institucionales, con relaciones sociales e interpersonales, con maneras de vivir cotidianamente y con formas específicas de padecer y sanar imbuidas del significado personal-social de la experiencia (Arias, 2019, p.60)

Las personas cuando atraviesan situaciones que producen dolor lo sienten de manera real y tangible de forma que impacta en su vida cotidiana. El sufrimiento trasciende la dimensión individual y fisiológica, configurándose como experiencias articuladoras entre lo social, cultural e histórico. Siguiendo a Arias (2017) el foco “no es la enfermedad, pero sí el sufrimiento desde la perspectiva de proceso existencial producido por la vida social” (p.61). Se establece un vínculo entre cómo viven los sujetos y las formas en que se produce el sufrimiento; comprenderlo implica reconocer su dimensión subjetiva. El sufrimiento se siente y expresa en el cuerpo expandiéndose hacia otros ámbitos de la vida diaria, afectando el vínculo con su entorno, barrio, y la vida social. Según Arias (2014) el sufrimiento se inscribe en el territorio repercutiendo en el cuerpo siendo el primer lugar donde se expresan esas consecuencias.

Arias (2019) utiliza el concepto de sujeto sufriente-resistente para ilustrar que a pesar de las condiciones adversas existe una capacidad de reconstruir y rehabilitar la vida cotidiana que permita reorganizar rutinas, relaciones y espacios para mantener un lugar propio en el mundo. El propósito es preservar la capacidad de decidir sobre la propia vida, afirmar el valor y respeto de sí, para no quedar anulados como sujetos ante el sufrimiento.

La noción de sujeto sufriente resistente alude a un ser humano creativo y activo en la construcción de su propia historia, cuya experiencia de sufrimiento y resistencia está señalando la imposibilidad de reducir lo humano a un cuerpo o un cerebro sin subjetividad. Frente a las rupturas, las contradicciones y las dinámicas inciertas y caóticas del horizonte social, estos hombres y mujeres despliegan un proceso activo de construcción de sentidos y significados que impiden su aniquilamiento y les permiten poner en acción su capacidad de opción, de ruptura y de acción como elementos constitutivos de su propia subjetividad (Arias, 2019, p.54).

Aún en momentos de gran sufrimiento las personas pueden crear espacios de autonomía que permiten no quedar invisibilizados y neutralizados, reconociendo tanto la experiencia del sufrimiento como el valor de quienes lo atraviesan. El sufrimiento se puede interpretar reflexionando sobre porque paso, que implicó y cómo se relaciona con las trayectorias personales y colectivas. Se vincula con procesos históricos e institucionales, con relaciones sociales e interpersonales, con maneras de vivir cotidianamente y con formas específicas de padecer y sanar que está cargado de sentido, individual y colectivo (Arias, 2017).

Incluso en el medio del sufrimiento el sujeto no está condicionado a ser una víctima pasiva (Nieto, 2009) sino que puede buscar las maneras de transformar esa realidad, puede ser un sujeto activo, sin quedar reducido a lo que otros determinen. Incluso en contextos complejos es posible construir pequeños espacios de decisión y generar un cambio en las dinámicas sociales proponiendo otras maneras de vivir. A través de determinadas prácticas, por ejemplo, desde la palabra, las personas pueden resignificar el dolor y transformarlo, es decir, que el sufrimiento no se niega ni se borra, sino que se reconoce y se le da un sentido dentro de la vida de quienes lo padecen. Desde la experiencia interna elabora estrategias para reconstruirse, mantenerse autónomo y preservar su dignidad. Se tiene que hacer foco en la subjetividad porque no se trata únicamente de conocer y comprender los hechos externos que son de carácter estructural y que afectan al sujeto, sino que lo fundamental es entender cómo a partir de estas situaciones las personas viven, las procesan, interpretan y transforman lo que les pasa.

Esta subjetividad hace posible la agencia, entendida como la capacidad de actuar, transformarse y tomar decisiones que influyen en uno mismo y en el entorno; la manera en que cada persona siente piensa y da sentido a su vida. No hay una sola manera de ser sujeto, sino que se compone de múltiples subjetividades que incluyen distintas modalidades de ser y resistir, entrelazándose con la noción de sujeto sufriente resistente y con la capacidad de agencia, es decir, de actuar, transformar y modificar el entorno a partir de la autocomprensión

y los propios recursos internos (Arias, 2019, p.53). Los sujetos no se limitan a sufrir pasivamente sino llevan a cabo procesos activos que posibilitan la transición desde una posición pasiva a ser protagonista de su reconstrucción y de su vida. Es una manera de no quedar atrapado en el sufrimiento sino darle un significado que permite procesarlo, resignificar y transformarlo, en acción de aprendizaje, crecimiento que posea sentido para su identidad o proyecto de vida.

El sufrimiento se encarna en lo cotidiano pero esta vida cotidiana también actúa como espacio de resistencia, está atravesada por procesos históricos y es entendida como el espacio donde los sujetos “«ponen en obra» todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas, ideologías” (Heller, 1970, p.39). Resistir implica decidir cómo seguir viviendo, es un proceso activo de reconfiguración frente al padecimiento, de reorganización de rutinas, recuperar vínculos y reafirmar un lugar propio. Estas decisiones no se dan en el vacío, sino que son el resultado de un trabajo interno que pertenece al campo de la subjetividad. La resistencia no patologiza, sino que permite ubicar el padecimiento como “una forma de confrontar las condiciones que producen sufrimiento, desde una apuesta por la vida y la dignidad” (Nieto, 2008, p.232)

La resistencia puede darse en pequeñas acciones, lo que implica que en ocasiones pueda ser silenciosa pero no deja de ser significativa, en consecuencia “no son respuestas ingenuas o cambios del azar, sino modificaciones intencionales a las rutinas cotidianas” (Arias, 2014, p.207). Por lo tanto, la resistencia es una forma de acción significativa para enfrentar el sufrimiento donde los sujetos no son simplemente receptores pasivos del daño; es una manera activa de oposición de las situaciones generadoras del mismo. Implica constituirse como sujeto activo capaz de decidir qué lugar ocupará esa experiencia en su identidad y en su futuro. La resistencia es un proceso que va más allá de oponerse a algo, es una forma de tramitación del sufrimiento. Se configura como una forma de lucha, donde se pone en palabras la situación, de este modo, el primer paso es reconocer el dolor, luego ponerlo en palabras para así transformarlo, que deje de ser un peso y se convierta en aprendizaje. A partir de eso deciden, actúan y elaboran estrategias para afrontar lo que les ocurre.

Se trata de reinventarse y de construir espacios de lucha, abriendo nuevos caminos para reimaginar los espacios y encontrar nuevas formas de actuar frente a lo que produce sufrimiento. Como plantea Arias (2014) “la puesta en escena de sus actos de resistencia es a la vez, un acto de reparación de dicho sufrimiento” (p.205). Hay que resignificar y es en este acto donde se conforma la resistencia al darle un nuevo sentido, ya que la persona o la comunidad deja de quedar definida únicamente por la herida, y el sufrimiento se convierte en

motor para crear nuevos relatos, afirmar la identidad, proteger espacios propios que contribuya al crecimiento personal y colectivo. La capacidad de resistir se encuentra en la propia persona afectada, en sus decisiones, acciones, emociones y maneras de enfrentar el dolor.

No se limita a lo individual sino también se manifiesta en el ámbito colectivo, en las organizaciones, redes comunitarias o espacios colectivos. Es en esos espacios y prácticas que la persona logra reinterpretar lo que vive, busca cambiar el significado del daño y construir posibilidades de acción distinta. Las redes de apoyo son clave porque al compartir el sufrimiento con otros se convierte en parte de una experiencia común que puede generar cambio social. La diversidad de formas de vivir, sentir y entender el mundo no es algo estático ni del pasado que se expresa a través de los vínculos y relaciones entre personas, la diversidad de experiencias y situaciones que crea las condiciones para que surjan distintas maneras de construir la propia identidad, los sentidos y las formas de estar en el mundo.

3.2 Expresiones de resistencia desde lo cotidiano

A partir de los testimonios se evidencia cómo los adolescentes enfrentan circunstancias que identifican como problemáticas y que les produce malestar/sufrimiento. El principal acto de resistencia es la capacidad que tienen los adolescentes de reconocer las situaciones que son perjudiciales para ellos y las señalan como experiencias que no les gustaría que se repitan en su vida. Se oponen contra aquello que les hace mal, no les gusta y no tratan de adaptarse, sino que se colocan contra esas vivencias.

Transformar el sufrimiento en discurso es otra de las manifestaciones en contra, siendo un paso fundamental para cambiar los escenarios negativos y apostando por un cambio que promueva el bienestar. Las situaciones perjudiciales no captan por completo la vida, sino que se buscan otros espacios de socialización y donde realizar actividades que permita desarrollar su potencial para generar vínculos y otras formas de transitar el sufrimiento. De esta manera las identidades no se construyen únicamente desde los diferentes padeceres sino también desde la experiencia de enfrentarla y transformarla. Son pequeñas acciones pero que tienen un gran peso.

Se registraron varios relatos vinculados a situaciones de bullying y conflictos entre pares que, al ponerlos en palabras, brindando un testimonio - aún de manera anónima - es un primer paso valioso que permite expresar el malestar. En el momento de puesta en común para conocer las respuestas de los compañeros, saber cómo se sentían y qué situaciones estaban

transitando, se registraron múltiples comentarios sobre el bullying y permitió dialogar brevemente al respecto. Esto habilitó el intercambio sobre un tema sensible y demostró que se puede hablar superando el temor o la vergüenza, para comenzar cada uno a contar su historia y enfrentar esas situaciones que dañan.

Hablar por primera vez con un adulto de confianza y romper el silencio es un acto de resistencia frente a la búsqueda de protegerse del daño. Una de las medidas adoptadas es localizar otros espacios seguros de contención fuera del ámbito escolar. Al realizar actividades que favorecen la motivación, plenitud, satisfacción, seguridad y vínculos con otros, se alivian tensiones que se traducen en un mejor bienestar. Esto se observa en los relatos donde muchos de los que expresaron sufrir alguna forma de maltrato o bullying también participaban de actividades que disfrutaban mucho niño 3 “hacer karate me encanta”, niña 8 “hacer danza” o niña 2 “me gusta jugar al fútbol”.

La escuela también actúa como un espacio de contención y de resistencia actuando como un espacio protector que contribuye al bienestar. Dentro de las actividades realizadas se destaca que se ha trabajado sobre las emociones y los hechos que les producían miedo, lo que permitió profundizar sobre las diversas situaciones que les estaban afectando tanto en el ámbito escolar como en su vida cotidiana. La figura de la maestra resulta ser clave en este contexto dado que es una persona altamente confiable y a la vez, es receptora de numerosos relatos. Al tener una actitud activa frente a las diferentes demandas y dar respuesta a las inquietudes que se le presenta, genera una confianza en los estudiantes que garantiza un sentido de pertenencia donde se afirma niña 10 “volvería a tener la misma maestra y los mismos compañeros todos los años”.

Cuando se comienza a acompañar y defender a compañeros que son víctimas de malos tratos o de bullying, se inicia un proceso de organización de redes entre pares que permite poner un alto a la complicidad y se elige no continuar reproduciendo patrones de comportamiento que provocan daño. Ser testigo y no intervenir, es una forma de sostener las actitudes de los agresores. Por lo tanto, cuando se rompe con la lógica del espectador en la búsqueda de poner alto a la situación, se apuesta a la solidaridad constituyéndose en un acto de resistencia.

Estas situaciones no captan por completo la vida, sino que se buscan otros espacios de socialización que permita desarrollar su potencial y que puedan generar vínculos junto con otras formas de padecer el dolor. De esta manera las identidades no se construyen únicamente desde los diferentes padeceres sino también desde la experiencia de enfrentarla

y transformarla. Las redes que funcionan como sostén y también de protección son clave frente aquellas situaciones donde se producen sentimientos vinculados a la soledad, desprotección o aislamiento. Esto se aprecia en quienes son víctimas de bullying o también en los que manifiestan malestar respecto a la situación familiar, puntualmente en los casos presentados respecto a la ausencia paterna.

Resistencia es no dejarse capturar por la lógica violenta y constituye en este contexto, una condición esencial para proteger el lazo social y disputar el sentido del territorio frente a narrativas que lo criminalizan o lo dan por perdido. Se busca transformar la situación para poder generar nuevos modos de habitar lo social, rehabilitar la vida cotidiana y de construir comunidad. Se encuentran formas de preservar la dignidad y bienestar, sin resignarse al daño ni internalizando completamente la violencia. Estas son resistencias que se dan en la vida diaria y es clave conocer cómo las personas enfrentan los conflictos cotidianos, especialmente en contextos complejos porque eso permite identificar los apoyos que realmente acompañan y fortalecen esas formas de resistencia.

El camino hacia el centro educativo pasa a tener una gran importancia ya que expone a los adolescentes y sus familias a peligros, por lo que en el tránsito por el barrio se incrementan las posibilidades de transformarse en víctima. Sin embargo, se planifican rutas y horarios para reducir riesgos en base a las circunstancias del momento. Estas estrategias se adaptan conforme se modifican las dinámicas y presencia de actividad criminal. “En los barrios de alta violencia letal y delitos contra la propiedad, (...) caminar no se plantea como un acto de placer sino de resistencia” (Salamano et al. 2024, p.30).

Los adolescentes reconocen que hay situaciones violentas y también identifican vínculos negativos que pueden colocarlos en situaciones de vulnerabilidad, se observa en el relato del niño 16: “lo que no quiero en mi vida era conocer la calle y las juntas todos los días”. Se produce una asociación entre el permanecer en la vía pública con la delincuencia y criminalidad. Hay un temor de involucrarse en actividades delictivas al exponerse a las “juntas” donde el consumo de drogas y exposición a situaciones violentas son más probables. Hay una asociación entre la delincuencia y la juventud ya que al entrar en la adolescencia se los comienza a considerar sujetos peligrosos (Cafaro, 2023).

Cuando se logra comprender y reinterpretar el impacto que la violencia tiene sobre la vida diaria y los vínculos sociales se abre la posibilidad de que surjan formas nuevas de verse, construir identidad, modos de sentir, pensar y actuar que quizás no estaban antes presentes. Los adolescentes como los vecinos continúan con sus actividades diarias debido a que no

quieren que las situaciones violentas del barrio los delimite, negándose a que la delincuencia y el narcotráfico continúen invadiendo su espacio de pertenencia. Proteger la vida cotidiana, resguardando la rutina y garantizando espacios de seguridad es una forma de resistencia. Durante el 2024 ninguno de los espacios comunitarios dejó de funcionar frente a ese contexto y se continuaron realizando actividades. Las ferias vecinales, centros culturales, plazas, escuelas, liceos, centros juveniles en el Cerro continúan funcionando en contextos complejos donde la inseguridad y el temor invaden el espacio público.

En los barrios se promueven espacios colectivos de encuentro donde los vecinos y los adolescentes participan de las actividades de organizaciones sociales, comisiones barriales y de las instituciones que están en territorio que buscan de manera comunitaria hacer frente al contexto complejo, siendo este un factor fundamental para mitigar la situación. Como plantea Nieto (2009) “es en estos territorios contruidos comunitariamente donde la resistencia, pese a las adversidades impuestas por los mismos a quienes se resiste, ha podido florecer y persistir” (p.47).

Consideraciones finales

A partir de la Monografía final de grado se puede observar que es fundamental comprender los múltiples aspectos que conforman la vida de las adolescencias, los cuales son esenciales para su desarrollo y para la generación de entornos que posibiliten la producción y reproducción de la vida. Visibilizar sus voces, sentires y necesidades implica reconocer la complejidad de sus trayectorias, sus singularidades y a la vez, su inserción en entramados sociales e históricos que condicionan profundamente sus experiencias.

NNA aprenden y se desarrollan en relación con su entorno, construyendo significados a partir de lo que perciben, procesan e interpretan. Por ello, su aprendizaje se configura en función de las interpretaciones que realizan, dando lugar a una diversidad de experiencias que no pueden reducirse a una vivencia única. Comprender esta pluralidad permite dar cuenta de los procesos de construcción subjetiva e identitaria de cada adolescente, reconociendo la heterogeneidad y complejidad de esta etapa vital.

A partir de lo trabajado se evidencia la relevancia de situar en el centro la experiencia del sujeto y todo aquello que atraviesa su vida en un contexto histórico, económico, político y social determinado. Las experiencias dejan huellas en el desarrollo de cada sujeto y determinan sus comportamientos, vínculos y formas de estar en el mundo. A partir de la actividad realizada en la escuela N.º 152 se reconocen las condiciones que generan sufrimiento - el bullying, violencia en el territorio y dinámicas familiares - y, por lo tanto, la necesidad de transformarlas mediante acciones integrales que articulen protección, inclusión y bienestar psicosocial. Se observa que las expresiones de malestar y sufrimiento se vinculan estrechamente a contextos específicos, configurados por vínculos y dinámicas sociales.

Reconocer el sufrimiento como experiencia subjetiva y la resistencia como potencia resultó clave para entender los procesos que permiten habitar la vida, cómo se producen los vínculos y resaltar la importancia de la palabra. Se identifica la complejidad de los procesos que atraviesan los jóvenes, por lo tanto, el estudio del sufrimiento subjetivo y de las formas de resistencia permite comprender cómo se enfrenta la adversidad visibilizando sus potencias, recursos y estrategias para transformar la realidad. De este modo, se reafirma su condición de sujetos activos, creativos y portadores de sentido.

Los resultados obtenidos evidencian que el género constituye una dimensión sustantiva para analizar la salud mental y el bienestar psicosocial adolescente. En el capítulo 1 cuando se aborda la situación actual de las adolescencias en datos, se observan diferencias en cuanto a los porcentajes en las situaciones de hombres y mujeres ya que estas últimas presentan

mayores niveles de exposición a situaciones de vulnerabilidad y registran el porcentaje más elevado de violencia sexual.

Por otro lado, en las respuestas relevadas a partir del taller, se constata que la mayoría de las mujeres identifican y expresan el bullying como una fuente significativa de malestar. En consecuencia, se vuelve prioritario incorporar una perspectiva de género en la elaboración de estrategias y acciones para hacer frente a estas situaciones dado que “es de suma importancia abordar de manera particular la diversidad de situaciones que afectan a las mujeres y a las disidencias, y que permiten avanzar en la construcción de mayores grados de igualdad y equidad de género” (Batthyány, 2022, p.12).

Es también vital considerar el lugar de residencia, importa donde viven ya que la actividad territorial y barrial impactan en el desarrollo de la vida cotidiana. Las situaciones de violencia territorial son un desafío que tienen impacto y las adolescencias se ven afectadas directamente por un contexto en el que las dinámicas barriales están condicionadas por factores externos. Es importante identificar cómo se reconoce el barrio para comprender en profundidad la importancia que tiene el mismo en el despliegue de la vida dado que dependerá de las características particulares del lugar, como plantea Blitzer (1987) “existe una dinámica social urbana (...) esa relación que los niños tienen con la ciudad, sus instituciones y sus personajes, es de naturaleza diferente según su clase de pertenencia produciendo, suponemos, imágenes sociológicas muy distintas” (p. 26).

A partir de lo trabajado se constata que toda acción de política pública dirigida a las adolescencias debe sustentarse en un enfoque integral y transversal, que articule distintas perspectivas y disciplinas. Asimismo, se destaca la importancia de abordar la salud mental adolescente desde una óptica amplia, integral y no patologizante, que contemple acciones de promoción, protección y cuidado. Es necesario trascender la mirada exclusivamente médica o biológica, incorporando componentes sociales, educativos y comunitarios. Por lo tanto, resulta relevante la importancia de reconocer y acompañar las experiencias de adolescentes apostando al fortalecimiento de redes.

La escuela, la familia y los grupos de pares funcionan como espacios de contención y acompañamiento fundamentales, es reconocida por ellos mismos como un sostén. Por lo tanto, escuchar a los adolescentes, brindarles espacios de expresión y reconocer que los afecta son acciones fundamentales para acompañar sus procesos. Es necesario avanzar en la producción de conocimiento, promoviendo la investigación y generación de evidencia sobre salud mental adolescente. Se reafirma la centralidad del reconocimiento de la subjetividad

como eje indispensable para la comprensión y promoción del bienestar en esta etapa de la vida.

Referencias bibliográficas

- Amarante, P. (2015) Salud Mental y Atención Psicosocial. Editorial Fiocruz, Brasil.
- Arias, B. (2014). La potencia de la noción de resistencia para el campo de la salud mental: un estudio de caso sobre la vida campesina en el conflicto armado colombiano. *Salud Colectiva* 10 (1), 201-211.
- Arias, B. (2017). Entre-tejidos y Redes. Recursos estratégicos de cuidado de la vida y promoción de la salud mental en contextos de sufrimiento social. *Perspectiva, revista de Trabajo Social e intervención social* 23 (1), 51-72.
- Arias, B. (2019). Sujetos sufrientes-resistentes: un acercamiento a las subjetividades del conflicto armado en Colombia. *Medicina Social* 12, (1) 48-52.
- Baráibar, X. (2013). *Territorio y Políticas Sociales*. Instituto Juan Pablo Terra.
- Batthyány, K (2022). Políticas públicas y perspectiva de género. Indicadores, seguimiento y monitoreo. CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/171389/1/Politicas-publicas-perspectivas.pdf>
- Batthyány, K., Cabrera, M. (compa.) (2011). Metodología de la investigación en ciencias sociales: apuntes para un curso inicial. Comisión Sectorial de Enseñanza, Universidad de la República.
- Cafaro, A. (2023). Respuesta colectiva frente a la violencia territorial y a los ajustes de cuentas. Un estudio de caso en una localidad de Montevideo (Uruguay). *Tramas y Redes*, (5), 265-280.
- <https://tramasyredes-ojs.clacso.org/ojs/index.php/tyr/article/view/229/104>
- Carrion, D y Vainstoc, A. (1987). *La ciudad y los niños*. CLACSO, Ecuador.
- Cedr s, E., González, M., Pérez, M. y Troisi, G. (2014, septiembre 15-17). *Dime dónde vives...  Y te dir  qu n eres?* [Ponencia en jornada]. XIII Jornadas de Investigación.  Qu  desarrollo para Uruguay? Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

- Cervantes, M. y Gaeta-González, M.L. (2017). Desarrollo de competencias emocionales en preadolescentes: el papel de padres y docentes. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado* 20 (2), 221-235.
- De Armas, G. (2008). *Sustentabilidad Social*. Estrategia Nacional para la Infancia y la Adolescencia.
- De Martino, M. (coord.) (2020) *Trabajo social con familias: dilemas teórico-metodológicos, éticos y tecno-operativos* [en línea] Montevideo. Udelar. FCS-DTS.
- Faraone, S. (2013). Reformas en Salud Mental. Dilemas en torno a las nociones, conceptos y tipificaciones. *Revista de Salud Mental y Comunidad* 3, 29-40.
- Giorgi, V. (2006). La construcción social de la subjetividad en la exclusión. Seminario: *Drogas y exclusión social*. Encare RIOD Nodo Sur Ed. Atlántica, Montevideo.
- Greif, A. y Fuletti, D. (2024). *Análisis de la pobreza infantil en Uruguay y propuestas de política*. UNICEF, Uruguay.
https://bibliotecaunicef.uy/opac_css/doc_num.php?explnum_id=318
- Greif, A., Fuletti, D., Seré, F., y Aniotz, Y. (2025). *Infancia y vivienda: Prioridades para una agenda nacional*. Cámara de la Construcción del Uruguay (CCU) y UNICEF, Uruguay.
https://bibliotecaunicef.uy/opac_css/doc_num.php?explnum_id=347
- Grunbaum, S. y Misol, S.(2014) Salud Mental en la adolescencia. *Aportes para el abordaje de la salud de adolescentes en el primer nivel*, pp. 89, 97. Programa Nacional de Salud de Adolescencia y Juventud, Ministerio de Salud Pública y Fondo de Población de las Naciones Unidas. https://uruguay.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/116_file1.pdf
- Heller, A. (1970). *Historia y vida cotidiana*. Aportación a la sociología socialista.
- INAU (2025). *Memoria anual*.
- INAU y UNICEF, (2021). *Estudio de población y capacidad de respuestas en Sistema de Protección 24 Horas INAU: Relevamiento de recursos humanos y de niños, niñas y adolescentes atendidos*.
https://bibliotecaunicef.uy/documentos/234_Estudio_poblacion_24H_INAU.pdf

INDDHH, MIDES y UNICEF (2021) *La infancia que no queremos ver. Encierro y salud mental de niños, niñas y adolescentes.*

INISA y UNICEF. (2022). *Censo de población adolescente en privada de libertad y capacidad de respuesta del INISA. Informe de resultados.*
https://bibliotecaunicef.uy/documentos/263_Censo_adolescentes_privados_libertad.pdf

INJU y MIDES. (2023). Informe del Panel de Juventudes. Encuesta Nacional Adolescencia y Juventud.
https://uruguay.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/informe_panel_de_juventudes_2023.pdf

INJU, MIDES y UNICEF, (2022). *Situación de bienestar psicosocial y salud mental en adolescentes y jóvenes en Uruguay.*

INJU, MIDES y UNICEF (2023). *Panorama de la salud mental y el bienestar psicosocial en adolescentes y jóvenes de 16 a 19 años desde el Panel de Juventudes de la ENAJ.*
https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/sites/ministerio-desarrollo-social/files/documentos/publicaciones/Panorama_salud_mental_Panel_ENAJ_web.pdf

Instituto Nacional de Estadística. (2025). *Estimación de la pobreza por el método de ingreso.*
<https://www.gub.uy/instituto-nacional-estadistica/comunicacion/publicaciones/estimacion-pobreza-metodo-del-ingreso-ano-2024>

Instituto Nacional de Evaluación Educativa (2023) *Metas.*
<https://mirador.ineed.edu.uy/metas.html>

Intendencia de Montevideo (2024). *Información física y sociodemográfica por municipios.*
https://montevideo.gub.uy/sites/default/files/documentos/ech2022municipiosfinal_0.pdf

Kaplan, C. y Szapu, E. (2020). *Conflictos, violencias y emociones en el ámbito educativo.* CLACSO. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20200602034941/Conflictos-violencias-emociones.pdf>

- Leopold, S., Cafaro, A., Carballo, Y., Elmallian, C., Machado G., Pérez, D. y Silva, C. (2023). *Las violencias sostenidas y la convivencia precarizada en Casavalle: la experiencia de niños y niñas*. Instituto Humanista Cristiano Juan Pablo Terra.
- Menéndez Benavente, I. (2004). Bullying: Acoso escolar. <https://www.isabelmenendez.com/escuela/bullying.pdf>
- MIDES y UNICEF (2024). El gasto público social en Uruguay. Distribución por edades con atención especial a la infancia.
- Ministerio del Interior (2025). Visualizador de Homicidios y denuncias de otros delitos. https://observatorioseguridad.minterior.gub.uy/pentaho/api/repos/:public:observatorio:MININT_Observatorio.wcdf/generatedContent
- Musto, C., Borrás, V., Da Fonseca Fernández, A., Lecuna, C., Palermo, R., y Rocco, B. (2022). Violencia y espacio público en un municipio periférico de Montevideo: una aproximación multimétodo a las experiencias de niñas, niños y adolescentes. *Revista De Direito Da Cidade*, 14(4), 2581–2607. <https://doi.org/10.12957/rdc.2022.71728>
- Nieto, R. (2009) Resistencia civil no armada en Medellín. La voz y fuga de las comunidades urbanas. *Análisis político*, 67, 38-59. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/45813/47337>
- Nieto, R. (2008). Resistencias, capturas y fugas del poder. Ediciones desde abajo, Bogotá.
- Organización Mundial de la Salud (2022) <https://iris.who.int/server/api/core/bitstreams/c6877de8-6454-4100-ba24-4316142290f1/content>
- Peroni, G., Prato, J. (2012). *Aportes para la intervención en maltrato y abuso sexual infantil y adolescente*. Unicef Uruguay; Cooperativa Andenes.
- Riella, A. y Viscardi, N. (2002). Mapa social de la violencia en la ciudad de Montevideo: una aproximación a los escenarios sociales de la violencia urbana. *El Uruguay desde la sociología I*, pp.183-199.
- Restrepo, D. y Jaramillo, E. (2012). Concepciones de salud mental en el campo de la salud pública. *Revista Nacional Facultad de Salud Pública*, 30 (2), pp. 202-211.

- Retamoso, A. y Vernazza, L. (2017). *Panorama de la violencia hacia la infancia en Uruguay*. UNICEF, Uruguay.
https://bibliotecaunicef.uy/opac_css/doc_num.php?explnum_id=182
- Saraví, A. (2004). Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en claves de pobreza estructural. *Revista de la CEPAL*, (83), 33-48.
- Salamano, I., Tenenbaum, G., Viscardi, N. Espindola, F. y Fuentes, M. (2024). El camino al estudio en territorios de violencia radical: explorando la criminalidad fáctica y perceptiva en Montevideo. *El Uruguay desde la Sociología*.
- Salguero Velazquez, M. (2019). Emociones y masculinidades: vivencia y significados en los varones. Masculinidades. En Enríquez Rosas, R. y López Sánchez, O. (comps), *Masculinidades, familias y comunidades afectivas*, (pp. 73-92). Universidad Autónoma de México y Universidad Jesuita de Guadalajara.
- SIPIAV (2025). Informe de gestión 2024.
- Stolkiner (2001) Subjetividades de época y prácticas en salud mental. *Revista Actualidad Psicológica*, 26-No 239.
- Trajtenberg, N y Eisner, M. (2010). *Hacia una política de prevención de la violencia*. Universidad de Cambridge, Facultad de Ciencias Sociales, Udelar y Administración Nacional de Educación Pública.
- UNICEF (2021) Amigos. <https://www.unicef.org/uruguay/media/5436/file/Ficha%205%20-%20Amigos.pdf>
- Uruguay, (2004, 09 07). *Ley n° 17823. Código de la Niñez y Adolescencia*.
<https://www.impo.com.uy/bases/codigo-ninez-adolescencia/17823-2004>
- Uruguay, (2018, 07 16). *Ley n° 19529. Ley de Salud Mental*.
<https://www.impo.com.uy/bases/leyes/19529-2017>
- Vasilachis, I. (2006). *Estrategias de intervención cualitativa*. Barcelona, España: Editorial Gedisa